

JAVIER VALLEJO

TRAS  
LA MÁSCARA  
DE LA  
INOCENCIA



erein

TRAS  
LA MÁSCARA  
DE LA  
INOCENCIA

33

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: noviembre 2018

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Javier Vallejo Docampo

© EREIN. Donostia 2018

ISBN: 978-84-9109-347-3

D.L.: SS-1265/2018

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: [edizioak@itxaropena.net](mailto:edizioak@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

JAVIER VALLEJO

TRAS  
LA **MÁSCARA**  
DE LA  
**INOCENCIA**

erein

Para una de esas personas que te marcan,  
que te enseñan a apreciar la vida, a disfrutarla,  
a vivirla como es debido.

Para una de esas personas que jamás se  
marcharán del todo.

Para el hombre de la indeleble sonrisa en  
el rostro y el fascinado *acojonante* en los labios.

Para *el del boli*.

Para el incansable jugador de pádel, con el que  
tuve la inmensa fortuna de compartir pelota,  
pala y pista.

Para el contador de historias: el que te hacía  
formar parte del relato, el que te invitaba a  
vivirlo como propio, el que lograba transmitir  
la magia de esa experiencia como nadie.

Para Diego.

## Alex Gálvez

La potente luz de los faros del Lexus IS 350 de Alex Gálvez acuchilló la noche, abriendo la oscuridad a su paso, mientras el rugido del motor destronaba al persistente silencio. La luna permanecía perdida en el cielo, oculta tras un manto de nubes negras que la mantenía secuestrada en las alturas, motivando que las estrellas, desprovistas de reina que las guiase, se mostrasen tímidas y no se atrevieran a brillar. La carretera, ancha y en magníficas condiciones, aparecía desierta, como una alfombra de asfalto carente de vida y utilidad que atravesaba un frondoso bosque de pinos y eucaliptos, mecidos con violencia por un viento colérico y encabritado, impropio de mediados del mes de julio.

Redujo la velocidad ante la proximidad de una rotonda, dejó pasar a otro vehículo que circulaba por ella, y arrancó detrás de él. Después, tomó la tercera salida y enfiló la Br-78, dirigiéndose hacia las montañas. Al poco tiempo, los focos del Lexus iluminaron una señal que se alzaba a la derecha de la vía. Sobre ella, escrito en letras negras sobre fondo blanco, podía leerse: Ribera de Bracón 2 km.

Sonrió, sintió que su corazón se encabritaba y pisó de nuevo el acelerador en dirección a las luces que brillaban en la distancia, entre los árboles, a los pies de las montañas.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que recorriera aquella carretera... Echaba tanto de menos aquel entrañable lugar rodeado de naturaleza y tranquilidad.

Nuevamente, disminuyó la velocidad y tomó un desvío a mano derecha para incorporarse a la carretera de circunvalación,

una vía ancha de cuatro carriles, dos para cada sentido, que rodeaba el pueblo y lo comunicaba entre sí mediante numerosas arterias que emergían de la principal.

Tras una suave curva a la izquierda divisó las primeras casas del pueblo, todas situadas a mano derecha, todavía lejos de la urbanización y más aún del núcleo urbano. Pasó frente a un magnífico jardín, presidido por un espléndido y centenario sauce llorón que parecía querer recoger entre sus ramas una enorme mesa de piedra blanca. Otras parcelas fueron quedando atrás, hasta encontrarse con el afilado campanario de la iglesia del Divino Pastor, señalando hacia el cielo como un dedo acusador. En la distancia, enclavado sobre una colina que emergía del bosque, distinguió la imponente silueta del hospital comarcal de Bracón, pálido, sobrenatural bajo la plateada luz de la luna. Pasó de largo su salida y, poco después, se desvió a la izquierda, hacia la avenida de Bracón. Observó las casas unifamiliares que flanqueaban la calle, con sus tejados de pizarra negra y sus extensos jardines bien cuidados, y sintió la grata caricia de la añoranza. Daba igual que las luces de la mayoría de las casas estuviesen ya apagadas. Daba igual que el pueblo durmiese. Él, a pesar de todo, sentía un cúmulo de emociones burbujeando en su interior. Pensó en su familia.

En primer lugar, recreó la imagen de su bella esposa, Zaira, una mujer de tez morena y suave, ojos de tonalidades ámbar y rasgados y pelo azabache, largo y liso. Desde el primer momento en que la vio, mucho tiempo atrás en un local en el que se divertía junto a unos amigos, se sintió hipnotizado por su incontestable belleza y fuertemente atraído por un cuerpo hecho para el pecado. Tras comprobar que no parecía estar acompañada, y envalentonado por el alcohol, decidió echarle valor y se acercó de forma distraída. Entabló

conversación con ella, se rieron, la invitó a un par de copas, y aunque no logró su objetivo principal para aquella noche, sí consiguió crear un vínculo afectivo que, poco a poco, les fue llevando a más. Alex reconocía no saber como había ocurrido, como Zaira había logrado cambiar su mentalidad en tan solo unos días de una manera tan radical, puesto que él, por aquel entonces, lo último que deseaba era comprometerse con una única mujer. Pero lo había hecho, aquella atractiva joven de ojos felinos había conseguido cambiarle, enamorarle, y no únicamente de lo que él y cualquiera podía ver a simple vista, sino de lo que, solo los ojos de un hombre enamorado pueden apreciar en el interior del alma de una mujer. Era evidente que le atraían sus pechos, firmes y altivos, pero con el paso del tiempo, más logró atraerle la inteligencia de la que ella hacía gala. Estaba claro que le atraían sus piernas, bronceadas y esbeltas, pero más le atraía su bondad, su sonrisa, el brillo de sus ojos, sus gestos sugerentes, sus pícaras miradas o aquellos suspiros involuntarios que emitía cuando se sentía a gusto a su lado, cenando, charlando o haciendo el amor entre las sábanas. En un principio, quedó prendado de un cuerpo, pero con el paso del tiempo, se enamoró de una forma de ser, de un corazón, de una belleza que solo él era capaz de vislumbrar más allá de la perfección de un físico envidiable. Quedó enganchado a su modo de hablar, tan pausado y tranquilo; a esa feminidad que irradiaba cada uno de sus movimientos. En resumidas cuentas, Zaira se convirtió en una de esas mujeres que logran penetrar en la coraza del corazón de un hombre y echan raíces tan fuertes que difícilmente pueden ser arrancadas.

Fue un camino relativamente sencillo. A un tímido contacto inicial en la penumbra de un bar cualquiera, lo siguió un largo e inolvidable noviazgo plagado de buenos momentos; a



este una boda íntima con los testigos y la familia más directa, para terminar aderezando su idílica relación con la ansiada llegada de sus queridos retoños: Héctor y Alba.

El varón contaba en la actualidad con diecinueve años y, según todo el mundo, era la viva imagen de Alex en el plano físico; un joven fuerte, atlético, alto, ancho de hombros, de cabello moreno y ojos azules e intensos, enmarcados en un rostro atractivo de tez morena. Pero la diferencia entre padre e hijo estribaba en su personalidad, discrepancia acentuada dos años atrás, cuando el muchacho, vilipendiado por el destino, provocó una debacle en su propio temperamento. Mientras Alex se mostraba amable y cariñoso con sus conocidos, Héctor hacía todo lo contrario. Se convirtió en un muchacho arisco y solitario, que prefería pasarse las horas muertas encerrado en su habitación haciendo ejercicio que en compañía de otras personas, a las que consideraba un mero incordio. Solo se le veía, de vez en cuando, acompañado por un joven pelirrojo y regordete llamado Álvaro Torralba, que más que un amigo, actuaba como su fiel y sumisa mascota. Siempre habían sido dos adolescentes deslenguados y rebeldes, unos insolentes sin vergüenza ni maldad. Pero eso cambió dos años atrás, cuando la vida decidió darle la espalda: Héctor contaba ya con diecisiete años cuando se vio inmerso en un polémico caso de violación del que salió impune, debido a que la joven supuestamente violada, una vecina del pueblo, amiga de su hermana Alba, llamada Marta Vaquero, decidió retirar los cargos de manera inesperada. A pesar de ello, Héctor fue blanco de innumerables comentarios dañinos, de insultos, acusaciones y alguna que otra agresión física, que no hicieron más que incrementar la distancia entre él y el resto del mundo. Para la mayoría de los vecinos de Ribera de Bracón el joven era culpable dijese lo que dijese la muchacha ya

que, según ellos, tan solo las amenazas habían logrado que Marta cambiara de opinión y retirase los cargos. De ahí en adelante, la actitud de Héctor cambió a peor, y esos muchachos inofensivos, que anteriormente tan solo gastaban alguna que otra broma pesada, se convirtieron en dos verdaderos problemas.

Héctor se volvió más agresivo y solitario; se convirtió en una persona incapaz de confiar en nadie y en la que, a su vez, nadie quería confiar. Causaba recelo el simple hecho de nombrarle; pavor, su mera presencia.

Aquella fue una época horrible para la familia Gálvez, blanco de duras críticas y desprecios que, gracias al cielo y al paso del tiempo, fueron quedando atrás, sumidos en el olvido. En un olvido quebradizo, frágil, superficial, pero olvido, al fin y al cabo. Ya estaba cubierto de polvo, sí, pero la capa era tan fina que cualquier leve brisa podría desempolvar antiguos rencores y reabrir viejas cicatrices. No en vano, aún quedaban memorias que se resistían a olvidar, a enterrar lo sucedido y seguir adelante. Y una de ellas era la del propio Héctor, que parecía no querer pasar página, como si disfrutase anclado en aquel triste recuerdo que lo convertía, a ojos de sus semejantes, en un detestable y aborrecible monstruo.

Y si Héctor era el temido diablo, la pequeña Alba Gálvez era el adorable angelito. Una criatura risueña que contaba catorce años, de blanca piel, bucles castaños y orondos, que caían suavemente sobre su espalda, y unos ojos de un azul tan intenso y brillante como el del mar de una playa al atardecer. Alba era una niña tierna, dulce, con una sonrisa eterna dibujada en los labios y un hechizante brillo en la mirada, capaz de ablandar el corazón más duro. Era una muchacha simpática, sencilla, de corta estatura, delgada y frágil como una fina lámina de cristal.

Alex, con la mente nublada por los recuerdos, continuó avanzando hasta alcanzar el puente Oeste, puerta de entrada a la urbanización. Allí decidió detener el coche unos segundos sobre el transcurrir del río Bracón. Le encantaba hacer aquello. Le relajaba enormemente el hecho de pararse a escuchar el arrullo del río, como un niño encandilado por aquella cantinela embriagadora, capaz de eliminar el estrés y el abatimiento de su cuerpo tras un día duro y soporífero. Le tranquilizaba muchísimo, era algo extraordinario que le ayudaba a despejar la mente en situaciones difíciles. Situaciones como las que se disponía a afrontar en los días sucesivos. Ojalá todo hubiese sucedido de otra manera. Ojalá no se hubiese torcido el camino. Ojalá...

Con un suspiro, se apeó del vehículo y se dejó acariciar por la fresca brisa. Con las manos en los bolsillos, se acercó a la barandilla que flanqueaba el puente y echó un vistazo al fondo. El agua avanzaba entre las piedras y sobre ellas, superando todos los obstáculos que se cruzaban en su camino con una facilidad pasmosa. Siempre había admirado la perseverancia del agua. Siempre constante, siempre adelante, sin detenerse ante nada.

La luna se abrió nuevamente paso entre el velo nocturno y se reflejó sobre las plateadas aguas del río. Contempló aquella escena y sintió como su cuerpo retornaba a su estado habitual, a esa calma placentera que solo Ribera de Bracón le concedía. Respiró hondo, tan hondo que pareció querer absorber cada uno de los olores que envolvían al pueblo: el fresco aroma que emanaban los eucaliptos y los pinos; el olor a la tierra mojada cercana al río; el perfume de la fina hierba que crecía en su orilla; la agradable fragancia de la familiaridad.

Sonrió satisfecho, aunque no pudo ocultar un destello de amargura que colgaba de sus ojos. ¿Qué estaba haciendo allí?

¿Se había vuelto loco? ¿Realmente pensaba llegar hasta el final si las cosas requerían ser zanjadas con mano dura? Sacudió la cabeza y desechó aquellos pensamientos. No merecía la pena romper su sosiego cavilando sobre lo que le había llevado de regreso a casa. Alzó la mirada al cielo y contempló la luna, semi-oculta entre dos nubes, antes de regresar al coche para recorrer los últimos kilómetros que lo separaban de su hogar. Allí se reencontraría con Zaira, Alba y Héctor después de casi seis meses sin verlos.

Emitió un apacible suspiro y encendió nuevamente el motor del Lexus. Cruzó el puente, avanzó unos metros y comenzó a atravesar la conocida urbanización. Pasó junto a la casa de los Zamorano, cuyo perro permanecía junto a la verja principal, ladrando enloquecido ante la presencia de un hombre en la acera de enfrente. No lo reconoció. Era un hombre corpulento, vestido con un grueso pantalón de pana y un abrigo de *tweed* tan mugriento como viejo. El hombre estaba rebuscando en los cubos de basura de la familia López y le daba la espalda, por lo que no pudo verle el rostro, aunque sí apreciar una frondosa barba y un pelo largo, revuelto y apelmazado, que caía sobre sus hombros. No había duda de que se trataba de un vagabundo. *¿Cómo habrá llegado hasta aquí?* se preguntó, sin demasiado interés.

Dejó atrás al indigente y continuó su camino.

Llegó a casa cuando la luna volvía a quedar oculta entre el cada vez más espeso manto de nubes. Aparcó el coche frente a la puerta del garaje y descendió del vehículo, agarrotado y cansado, tras día y medio de viaje. La gélida brisa de la noche lo despejó enseguida. Estiró las piernas, destensó el cuello, haciéndolo girar en círculos, y reprimió a duras penas sus ganas de clamar al cielo su presencia allí.

Con el corazón acelerado, cabalgando en su pecho, echó un vistazo al silencioso vecindario. Paseó la mirada por los jardines y los chalés, y la detuvo en la vivienda que se alzaba al otro lado de la calle. Era una casa grande, quizás algo más que la suya, con un amplio jardín delantero plagado de flores y figuritas de piedra, y un pequeño estanque oriental, que le otorgaba un aspecto distinguido y acogedor. Allí vivía la familia Guzmán, grandes amigos suyos desde el mismo momento en que se mudaron a Ribera de Bracón. Noel, el cabeza de familia, se había convertido en su mejor amigo. Con él compartía cervezas los fines de semana, mientras veían el fútbol, eran pareja en los torneos de pádel y también una de las más temibles parejas de mus en las fiestas del pueblo, pudiendo alardear de ser los campeones de las dos últimas ediciones.

Carla, la mujer de Noel, también era una persona agradable, una magnífica cocinera y mejor conversadora. Le encantaba discutir con ella sobre literatura y política, y temidos eran sus enardecidos debates de sobremesa dominical.

En cuanto a Sara, la hija de la pareja contaba ya con quince años, y era una guapa y encantadora adolescente con la que se llevaba a las mil maravillas. Se reían los chistes el uno al otro, se aliaban para incordiar a Noel y se enfrascaban asiduamente en reñidas partidas de ajedrez, que casi siempre caían del lado de la muchacha.

Alex sonrió nostálgico y miró el reloj. Era más tarde de lo que había imaginado y, a esas horas, todos parecían estar ya acostados.

Se volvió y se encaminó hacia la puerta de su hogar. Un amago de nerviosismo intentó aflorar en sus entrañas. Se sintió confundido y se detuvo ante el jardín, con las manos en la cara. No debía mostrarse alterado ni inquieto. Solo había

regresado para dar una agradable sorpresa a su familia. Nada más. Se repitió aquellas palabras unas cuantas veces y soltó una honda bocanada de aire. Después de aquello pareció que la calma volvía a instalarse en él.

Se adentró en la parcela. Por la ventana del salón pudo vislumbrar una tenue luz azulada, que le indicaba que aún permanecía alguien despierto. Cruzó el jardín, pisando el césped y esquivando las plantas que Zaira había plantado allí, y subió los cinco escalones del porche principal que precedían a la puerta. La ansiedad y la emoción ascendieron por su garganta al mismo tiempo que escalaba cada peldaño. Se sintió eufórico, exultante y nació en su pecho la imperiosa necesidad de llamar al timbre para despertar a todo el que estuviera en cama y poder contemplar los gestos de perplejidad ante su insospechada presencia en el hogar. Pero no lo hizo. Prefirió sacar las llaves del bolsillo y abrir la puerta con extremo sigilo. Encontró el recibidor a oscuras, aunque impregnado por un aromático olor a incienso quemado que flotaba en el ambiente y que logró hacerlo sentir verdaderamente en el nido familiar. *Qué grato es volver a casa*, pensó, inhalando una larga bocanada de aquel aire tan conocido.

Se despojó del abrigo, que colgó en un perchero tras la puerta principal, y se encaminó hacia el salón. La luz estaba apagada, pero un fluctuante resplandor le permitió avanzar sin problemas. Suspiró aliviado al colocarse en el umbral. Allí estaba Zaira sola y atenta a la televisión. Permanecía sentada en el sillón, con los pies descalzos bajo una fina manta de franela, y la mirada fija en la cambiante pantalla. Llevaba el pelo negro recogido en su típica y jovial coleta y tenía puesto el pijama de invierno que los niños le habían regalado en su último cumpleaños: uno azul claro con un arco iris bordado sobre el pecho. A ojos de Alex, incluso en pijama, desarreglada

e iluminada por aquella pálida luz que emitía el televisor, Zaira se antojaba una auténtica divinidad.

La mujer estaba plenamente concentrada en la película, inmersa en su argumento, y parecía haberse olvidado de la cena que se enfriaba sobre la mesa de cristal que descansaba frente al sofá. Junto al plato, aparentemente aún sin tocar, había un vaso con dos dedos de vino y un bol de ensalada.

Entró en el salón, sin hacer ruido, y encendió la luz, provocando que Zaira se sobrecogiera de manera notable. La mujer, lanzando un suave grito, saltó del sillón con el rostro desencajado y los ojos muy abiertos. Su expresión era de verdadero pánico, de puro terror. *¿Qué le habrá pasado por la cabeza?* pensó, arrepentido.

Los acaramelados ojos de Zaira barrieron el salón y le encontraron rápidamente bajo el quicio de la puerta. Una inconfundible sensación de alivio se dibujó en su rostro al identificarle y una dulce, aunque confusa sonrisa, asomó desde la comisura de sus labios.

—¡Alex?! —exclamó, al tiempo que rodeaba la mesa y corría descalza hacia él, dando cómicos saltitos—. Me has asustado. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Por lo visto poner a prueba tu corazón —respondió, estrechándola en un cálido abrazo—. Tenía ganas de verte. De veros a todos.

Se besaron y sintió una ardiente mezcla de sentimientos. Echaba tanto de menos aquellos besos, aquellos abrazos, aquel aroma dulce que emanaba de su piel, aquel... todo.

—Me alegra que hayas vuelto. Empezaba a sentirme sola.

—¿De veras? Pues eso se acabó durante un tiempo —aseguró—. He pedido una excedencia. Estaba harto de pasarme los meses fuera de casa sin poder tocarte, sin poder tenerte.

—¡Es fantástico! —tal vez fuesen imaginaciones tuyas, pero creyó percibir cierto recelo a pesar del énfasis puesto en la exclamación—. Pero... ¿nos lo podemos permitir? A no ser que hayan descubierto una especie de árbol cuyo fruto sea el dinero y tú poseas un ejemplar, mi sueldo no da para mantener a la familia.

—Lo tengo controlado —aseguró—. A pesar del dinero que os he estado mandando mensualmente desde Viena, he conseguido ahorrar una considerable cantidad, que pienso puede permitirme tomar este descanso. Si estoy equivocado, no tengo más que llamar al bufete y regresar a mi puesto. Es así de simple.

Zaira asintió levemente con la cabeza, sin demasiada convicción, y le abrazó de nuevo, apoyando la cabeza en su pecho.

—Comprendo tu preocupación, pero te lo aseguro, tengo la situación bajo control —afirmó—. Estoy harto de estar solo en esa aburrida ciudad. Necesito estar con vosotros. Necesito teneros cerca, ¿lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. También nosotros deseamos que estés aquí. Somos una familia, ¿recuerdas? —dijo con una radiante sonrisa.

La abrazó con fuerza y hundió su rostro en el cuello de ella. El fragante aroma despertó su instinto, y, desatado, mordió su hombro con delicadeza, al tiempo que le deslizaba las manos por la espalda, deteniéndolas sobre sus turgentes glúteos. La besó con pasión, mientras ella enredaba los dedos en el cabello de él y lo empujaba contra la pared, inmovilizándolo. La mujer comenzó a sembrarle el cuello de besos y alientos, al tiempo que él acariciaba sus brazos y sus hombros. Sus respiraciones se aceleraron y la unión de sus bocas se convirtió en una lucha sin cuartel, en un ímprobo intento por devorar al otro.



Zaira acarició el pecho de Alex y comenzó a desabotarlo la camisa, casi arrancando cada botón, con ansia, con impaciencia... pero entonces él la detuvo, agarrando sus manos con firme ternura. Se mantuvieron la mirada, intensa, cargada de deseo, de lujuria.

—Espera un momento, por favor, necesito sólo unos minutos —pidió, besándola nuevamente en los labios—. Sólo media hora para ver y hablar un rato con los niños y luego tendremos toda la noche para nosotros dos. Te lo prometo. Llevo medio año fuera de casa. Sabes que muero de ganas de estar contigo.

Zaira dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo y desvió la mirada a un lado.

Él conocía a la perfección aquella expresión ingenua, más propia de una niña arrepentida, que de una mujer adulta. Temió saber lo que estaba ocurriendo y un pequeño atisbo de ira comenzó a crecer en su interior sin poder hacer nada por reprimirlo: Alba y Héctor aún no estaban en casa. Los niños seguían haciendo y deshaciendo a su antojo, ignorando las órdenes de su madre, siempre y cuando, claro está, Zaira se dignase a dictar esas órdenes.

Y aquel, entre otros, había sido uno de los motivos de su regreso, ya que su esposa, cada vez que hablaban por teléfono, le comentaba que se mostraba incapaz de controlar a sus hijos. Se revelaba incapaz de imponerse a ellos y parecía haber perdido toda la autoridad. Siempre había sido una mujer fuerte mentalmente, capaz de fijar unos límites y evitar que fueran sobrepasados, pero tras su despido del último colegio, su convicción se había venido abajo como fruto de una maldición, y los niños parecían superarla sin mayores dificultades.

Y él no estaba dispuesto a permitirlo. Los niños debían tener fijados unos límites estrictos por los que guiarse, unas

pautas horarias mediante las cuales ser controlados y un mínimo de supervisión adulta que les ayudase a tomar las decisiones oportunas. No a indicarles cuales eran esas buenas decisiones, puesto que los niños debían aprender por sí mismos a caer y a volver a levantarse, sino ayudarles a encontrar el buen camino cuando éste se hallase oculto entre las dudas.

Se humedeció los labios y exhaló una gran bocanada de aire para procurar relajarse. Le cabreaba aquella situación. Odiaba discutir con su mujer siempre por el mismo motivo, una y otra vez.

Zaira se sentó nuevamente en el sillón y se dispuso a cortar la pechuga de pollo fría que permanecía en el plato. Mantuvo el tenedor suspendido en el aire, ante sus labios, como la niña que espera a que su madre deje de mirarla para tirar la comida al suelo o esconderla en el florero.

—Zaira, dímelo ya —exigió, colocando los brazos en jarra—. ¿Qué sucede?

La mujer dejó el tenedor de nuevo sobre el plato y se puso en pie con gesto de culpabilidad.

—No te enfades, por favor.

—No me enfado —respondió con sequedad—. Pero dime que los niños están en la cama. Al menos Alba. Dime que Alba está acostada en su habitación.

Zaira negó con la cabeza.

—Me dijo que iba a casa de Marta —contestó—. Habrán estado entretenidas con alguna película o algún juego y se le habrá ido el santo al cielo.

Meneó la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—¿Cuántas veces te he dicho que les pongas límites? —preguntó—. ¿Cuántas veces te he dicho que no les permitas hacer lo que les venga en gana? Alba es solo una cría y, como tal, debe estar en casa a una hora razonable, ¿entiendes?

—¡Están de vacaciones! —adujo ella—. Pienso que durante estos meses podemos ser un poco más permisivos con ellos.

—Sí, podemos ser más permisivos, pero siempre haciéndoles saber quién manda y qué sucede si se quebrantan las normas. Siempre deben tener fijados unos malditos horarios, ¿no te das cuenta? No pueden hacer lo que les plazca.

—Tienen límites —aseguró Zaira.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son?

La mujer bajó la mirada.

—Ya vendrán...

—Claro, ya vendrán, ¿no? ¡Que más da! Ya llegarán de madrugada, dentro de dos días o dentro de una puta semana —explotó, perdiendo la paciencia y provocando la sacudida de su esposa, que se asustó cuando descargó un feroz puñetazo sobre la puerta del salón. El golpe atronó en la estancia, al mismo tiempo que el antiguo reloj de pared comenzaba a canturrear la llegada de la medianoche.

Se volvió hacia ella con la mano dolorida y palpitante, y la miró enfurecido.

—¿Te has dado cuenta de la hora que es? —gritó, señalando el reloj—. ¿Te has parado a mirar el maldito reloj?

—Sí, Alex. Sé perfectamente la hora que es —respondió ella—. Y por eso pienso que deberías bajar la voz. No hace falta que todo el vecindario se entere de lo *mala* madre que soy, ¿no crees?

Bufó impaciente y apretó el puño de la mano sana.

—No puedo creer que estés tan tranquila. Son las doce de la noche y ninguno de nuestros hijos ha vuelto a casa.

—Si estuvieras diariamente con nosotros sabrías que esto es algo normal. Son jóvenes y quieren disfrutar de la vida. No veo nada malo en ello.

Como un rayo, Alex la fulminó con la mirada.

—¿Me estás reprochando algo?

Zaira, consciente de su equivocación, se limitó a apartar los ojos y a guardar silencio.

—¿Tienes el valor de echarme en cara el hecho de que no esté en casa para criar y ver crecer a nuestros hijos? —inquirió él, tan incrédulo como ofendido—. ¿De verdad has dicho eso?

—Lo siento —se disculpó ella.

Negó con la cabeza sin dejar de mirarla.

—No me lo puedo creer —dijo, taciturno—. Lo sacrifico todo: nuestro matrimonio, la infancia de nuestros hijos y mi propia vida para poder sacar adelante a la familia, y ¿eso es lo que piensas de mí?

Dio media vuelta y salió del salón en dirección a la puerta principal. Zaira fue tras él y lo alcanzó en el hall de entrada. Ya había descolgado el abrigo del perchero y se disponía a ponerlo.

—¿Adónde vas?

—Van a cambiar muchas cosas en esta casa —respondió tajante, al tiempo que abría la puerta, permitiendo que un sople de aire recorriese el recibidor—. Ya lo creo que van a cambiar. Cueste lo que cueste.

—¿Vas a buscarla? —inquirió ella—. Alba no te perdonará que la avergüences delante de su amiga. Ya tiene catorce años.

—Con catorce años sigue siendo una cría y yo su padre —contestó, mientras descendía las escaleras del porche—. Eso no ha cambiado —se detuvo y miró a su mujer—. Es culpa mía que no esté en casa de madrugada por privarla de un padre durante gran parte del año, ¿no? Pues bien, voy a solucionar ese error.

—Alex, no hagas tonterías —le aconsejó—. Alba se alegrará muchísimo de verte cuando regrese a casa. No estropees ese momento.

Se detuvo en mitad del sendero que atravesaba el jardín y se volvió hacia su esposa.

–Ese miedo a enfadarlos es lo que te impide educarlos como es debido –replicó–. No estamos aquí para cumplir todos sus deseos, sino para guiarles y enseñarles lo que es la vida. Tú les ofreces un camino de rosas, pero no les adviertes de que esas rosas tienen espinas.

Zaira se cruzó de brazos y se sentó en el primer escalón del porche.

–Hablas como si fueras el mejor padre del mundo –dijo con desgana–. Como si fueras el único que se preocupa por nuestros hijos, pero en todo este tiempo ni siquiera has preguntado por Héctor.

–Héctor sabe cuidarse solo –respondió–. Con diecinueve años se le puede permitir más libertad.

–Ya... ¿Porque tiene diecinueve años o porque tiene dos cojones entre las piernas?

Contempló a su esposa durante un instante y finalmente meneó la cabeza, como quien se resigna a dejar de discutir con alguien incapaz de entrar en razón.

–Odio cuando te pones sarcástica.

–No, cariño –corrigió ella–. Odias cuando sabes que tengo razón.

No respondió. Se limitó a darle la espalda a su mujer, que sonreía triunfante, y a cruzar el jardín sin mirar atrás.

## Malaquías Díaz

Malaquías, alias “Malavida”, legado de sus años de instituto, odiaba su nombre y todo lo que consideraba consecuencias

derivadas de llamarse de una manera tan horrible: la falta de amigos, la carencia de mujeres en su cama, la falta de oportunidades para prosperar en el terreno laboral... Todo lo achacaba a ese odioso apelativo, a esa infame forma de llamarse, excusando de ese modo su carácter huraño, su falta de modales, su tono sarcástico y su ridícula constitución física, en nada reñida con la fealdad de su nombre. Era alto y desgarbado, y estaba delgado como un junco, siempre ligeramente encorvado hacia delante, como pretendiendo replegarse sobre sí mismo para no ser visto. Su tez era del color del bronce, picada por la viruela y surcada por tantas arrugas que podía confundirse con un campo de labranza en el que apenas crecía una barba desigual, desteñida e insuficiente para ser llamada de tal modo. Tenía el pelo largo y rizado, grasiento y sucio la mayor parte de la semana, recogido siempre en una cola de caballo, que escondía sus pequeñas orejas de enormes lóbulos. Su frente, similar a un pentagrama musical, había ganado terreno, como un desierto que se extiende, y alcanzaba ya la mitad de su ovalada cabeza. Su mirada era desdeñosa y arrogante, siempre alerta, controlando la situación con aquellos pequeños ojos de ratón, siempre avizor, ocultos bajo unas cejas pobladas y unas cuencas tan hundidas que le daban el aspecto de una calavera. Por el contrario, su nariz era prominente, exageradamente grande para un rostro tan pequeño, y afilada como la punta de una flecha. También tenía los pómulos muy marcados y sobresalientes, salpicados por esas escasas briznas de vello que brotaban sin orden ni concierto. Malaquías había alcanzado ya el medio siglo de vida y cada día que había transcurrido en este mundo parecía haber agriado un poco más su inestable carácter. Rara vez sonreía; jamás se reía. Su boca, grande y de dientes amarillentos, parecía haberse congelado en una mueca seria, severa,

convertida en una fina línea negra bajo la sombra de su nariz. Sin duda, era un hombre poco agraciado, desagradable, arisco y políticamente incorrecto. Los demás no deseaban hablar con él, no querían estar cerca de su persona ni lo invitaban a las actividades que muchos de los vecinos organizaban los fines de semana. Y eso se lo había ganado a pulso. Nada tenía que ver con su nombre, aquel calificativo con el que, estaba seguro, sus padres habían decidido maldecirle desde su mismísimo nacimiento. ¿Cómo podían haberle hecho una cosa así? Malaquías Díaz Díez. Por el amor de Dios, ¡si sonaba a chiste! ¡Parecía un maldito trabalenguas! ¿Cómo, en nombre del Todopoderoso, se les había ocurrido semejante esperimento?

Como parte de un mundo al que odiaba (en el que sin duda se incluía a sí mismo), Malaquías también despreciaba a sus progenitores, a los que llevaba sin visitar desde hacía más de seis años: a su padre desde su entierro tras un ictus cerebral; a su madre desde el día siguiente al funeral, cuando la abandonó en la residencia geriátrica más barata que pudo encontrar.

Su vida era rutinaria y aburrida. Trabajaba como mecánico en el taller del pueblo a jornada completa, compartiendo horario con la única persona que parecía dispuesta a soportarlo en todo el lugar: Bruno Tunsell, un cuarentón igualmente solitario que, para más inri, ni tan siquiera podía hablar, puesto que, literalmente, se había arrancado la lengua de un mordisco en un accidente de tráfico nueve años atrás.

La vida de ambos era semejante. Entraban a trabajar a las nueve y media cada mañana, disponían de dos horas para comer en silencio y dormir la siesta a media tarde, y finalizaban su labor a las siete y media, aunque casi siempre solían quedarse más tiempo. Al salir, caminando el uno junto al otro,

daban un tranquilo paseo por la calle Mayor, enfilaban el Boulevard del Río y caminaban hasta el *Piratas de Bracón*, un tugurio oscuro, pero de muy buena fama, amplio y con diversos entretenimientos, en el que pasaban cada tarde-noche hasta que llegaba la hora de regresar a la soledad del hogar. El local se encontraba en la zona sureste del pueblo, junto al río, en el conocido como *Boulevard de los Borrachos*. Como cada día del verano, aquello era un auténtico hervidero de gente.

Aquella noche, como todas las demás, Malaquíás y Bruno estaban allí, acodados en la barra, con sendas jarras de cerveza mediando entre ellos. Estaban alcanzando la medianoche y ya se había tragado seis cervezas, por lo que comenzaba a hundirse en el pozo de la autocompasión. Tenía agarrada la jarra de cristal por el asa y miraba fijamente el líquido amarillento. Se sentía solo. Es más, estaba solo. Nunca se había casado (ni quería, ni hubiese tenido con quién en el caso de quererlo) y su relación más duradera, entablada con una joven de diecisiete años, cuando él contaba ya con veintiocho, no había llegado a los dos días. A pesar de ello, contaba con una gran experiencia en el terreno sexual, proporcionada por la ingente cantidad de prostitutas y borrachas con las que se había acostado a lo largo de su vida. Podía afirmar, con cierto orgullo, que en ese campo de libidinosa perversión había vivido momentos memorables, otros insustanciales y algunos, sencillamente, que prefería no tener que recordar.

Encuadrado en su propia definición del término, podría decirse que conocía el amor. Un amor sucio, indecente, ausente de toda moralidad, plenamente falto de sentimientos y expresado de mala gana. Siempre escondido en hostales de mala muerte, cuyas paredes ocultaban historias ficticias, plagadas de caricias depravadas carentes de cariño, de gemidos exagerados comprados a buen precio y orgasmos fingidos, que



no solo no resultaban veraces, sino que evidenciaban el ansia y el deseo de terminar con aquella ridícula pantomima. Siempre era un amor sin despedidas, sin palabras cariñosas ni gestos de afecto. Un amor animal, hosco, forzado e interpretado de mala gana por actores mediocres en la película de una vida anodina y triste.

Suspiró y torció la cabeza hacia su compañero, quien parecía devorar con la mirada a una de las camareras del local, vestida con el habitual uniforme pirata (blusa muy abierta y pantalones exageradamente cortos y apretados). Esbozó una mueca, algo parecido a una sonrisa, sin llegar a serlo, negó con la cabeza y levantó la jarra para llevársela a los labios. Se bebió el resto del contenido de un par de tragos y la dejó de nuevo sobre la barra. Se pasó la lengua por los labios y se rascó la mejilla con aquellas uñas negras y largas. Acto seguido, golpeando la jarra vacía contra la madera, llamó la atención del dueño del local, que mantenía una animada charla con unos clientes. Este lo miró con desdén, con un brillo de reproche en los ojos, pero tras disculparse ante sus interlocutores, se acercó con desgana.

—Me tienes seco, capitán —dijo con su habitual ironía—. Haz el favor de llenarme la jarra con ese meado de burra fresquito que guardas en los barriles de cerveza.

El hombre, ignorando por completo el afilado comentario, tomó la jarra y, sin molestarse en cambiarla por otra fría y limpia, la rellenó hasta el borde antes de devolvérsela.

—Gracias, pirata.

Agarró la jarra por el asa y se dio la vuelta, apoyándola en la rodilla, donde dejó un cerco de humedad. Echó un vistazo al local. Era viernes, noche cerrada, y como todos los viernes a esas horas el bar cubría su aforo máximo. Una suave música relajaba el ambiente, mientras grupos de amigos

charlaban animosamente en los rincones del local. El billar, situado junto a la puerta de entrada, estaba ocupado por dos parejas de veinteañeros, que estallaban en sonoras carcajadas cada vez que los rivales no embocaban un golpe sencillo. Detrás, un grupo de amigos lanzaba dardos a la diana que colgaba de la pared, alardeando cuando conseguían una puntuación elevada. Al fondo, al otro lado del bar, pegados a la pared y cerca de las puertas de los servicios, había cuatro futbolines, todos ocupados por fervientes jugadores inmersos en lo que parecían ser verdaderas partidas a vida o muerte. El griterío de la muchedumbre que los observaba era ensordecedor, como el de auténticos fanáticos animando a sus equipos con cánticos y vítores. Todos parecían felices. Todos parecían compartir experiencias. Todos parecían pertenecer a un mundo en el que él, Malaquías, no era más que un mero espectador.

Se levantó del taburete y, tras dar un trago, dejó la jarra junto a Bruno.

—Vigílamela —ordenó secamente—. Voy a devolver esta mierda a su estado original.

Su compañero, haciendo un gran esfuerzo por despegar la mirada de la llamativa camarera, sudoroso y enrojecido, le dedicó una mirada fugaz y un impertérrito asentimiento.

Malaquías torció el gesto al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Encuadrado en su propia definición, Bruno también estaba disfrutando del amor bajo la barra del bar.

Se alejó de allí con paso firme, en dirección a los servicios, haciendo un riguroso reconocimiento a cada chica con la que se cruzaba. Registró en su retina cada escote pronunciado, cada provocativa minifalda y cada camiseta o pantalón ajustado. Del mismo modo, empleando sus propios y lascivos criterios de valoración, también evaluó y estableció las *zonas de*

*cuarentena*, los lugares o las chicas a los que no merecía la pena perder el tiempo en mirar.

Cuando estaba llegando a la puerta del servicio, su mirada permanecía clavada en las largas piernas de una de las espectadoras del fútbolín, y su mente, siempre abierta a fantasías espontáneas, trabajaba a toda máquina para concederle un escenario en el que disfrutar a solas con ella. Al fin y al cabo, iba hacia el cuarto de baño y el recurso amatorio de Bruno quizá no fuera tan mala idea, dadas las circunstancias.

Comenzó a vislumbrar el penumbroso callejón de la parte trasera del local, con sus cubos de basura y sus cajas apiladas contra la pared. Colocó una luna creciente en un cielo oscuro y una farola de luz tenue para que iluminase un rincón. Allí situó la acción. Imaginó a la chica entre cajas de bebidas vacías, de espaldas a él, inclinada hacia adelante y con las manos apoyadas en la pared de ladrillo. La visualizó con la minifalda remangada hasta las caderas, con el tanga enredado en los tobillos y el sexo húmedo, anhelando su llegada. La oyó susurrar su nombre, mientras se lamía el dedo corazón. Era el momento adecuado para situarse en el escenario, para dar entrada a su personaje. Se colocó tras ella, se aferró a sus caderas y, cuando estaba dispuesto a abandonarse definitivamente a la fantasía, todo desapareció de manera abrupta de su mente: había tropezado con un muchacho que salía de los servicios.

—Mira por dónde andas, ¡joder! —masculló el crío, sin tan siquiera mirarle a la cara.

Él, aún a caballo entre la fantasía y la realidad, lo siguió con la mirada, sintiendo que sería capaz de apuñalarlo por la espalda mil veces con una botella rota. Detestaba que lo menospreciaran, que lo tratasen con desapego o indiferencia, y ese canijo imberbe lo había hecho.

Se mordió el labio inferior y esperó allí, inmóvil, ante la puerta del cuarto de baño. El muchacho se había detenido ante una mesa alta, dónde le esperaban dos chicas, un chico y una copa mediada de una bebida oscura. Besó en los labios a una de ellas, una adolescente atractiva, morena, de pelo largo y busto exuberante, vestida con un diminuto top negro y unos pantalones vaqueros, que ya había archivado en sus retinas con anterioridad.

Sacudió la cabeza, desprendiéndose de los residuos que aún flotaban en su mente de la frustrada fantasía erótica, y puso en marcha la pérfida maquinaria de sus pensamientos, buscando un modo de resarcirse del desprecio con el que le acababan de tratar. Esbozó un gesto burlesco, se humedeció los labios con la punta de la lengua y deshizo el camino andado, en dirección a la mesa de aquel capullo maleducado. Se incrustó entre la pareja, dejando al chico a su izquierda y a la joven a su derecha, y se mantuvo impertérrito allí, mudo, provocador. Todos lo observaron, con más o menos asombro, antes de intercambiar incómodas miradas de desconcierto.

—¿Se te ha perdido algo? —preguntó el amigo.

No respondió. No movió un solo músculo.

—Largo de aquí —ordenó el maleducado, entonces. Y ante la ausencia de reacción por parte de Malaquías, añadió, dándole un flojo empujón—: ¿No me has oído? ¿Estás sordo? Como me obligues a repetírtelo lo dejaré grabado a fuego en esa horrible calabaza que tienes sobre los hombros.

—Debe de ser retrasado —comentó casualmente la chica que estaba junto al amigo del maleducado.

—¿Eres retrasado? —preguntó este, agarrándolo del brazo—. ¿Eres un patético vejstorio senil?

Malaquías quedó enfrentado a él y, en ese momento, como una exhalación, alzó la cabeza y le dedicó una mirada

vivaz y salvaje, que cogió por sorpresa al muchacho. Este se asustó y no tuvo capacidad de reacción ante el violento empujón de su oponente. El chico trastabilló y, en su caída, arrasó a otros tres clientes, cuyas copas se desparramaron por el pavimento y estallaron en mil pedazos. La muchedumbre emitió una exclamación al unísono para, un segundo después, guardar absoluto silencio y mostrarse expectante. La música dominaba ahora el ambiente. El muchacho, que había acabado sobre el rechoncho cuerpo de una joven regordeta que pataleaba cómicamente, le miró con una mezcla de asombro y rabia.

Él, con una extraña mueca dibujada en los labios, se volvió hacia la novia del capullo arrogante y, sin titubear, tiró del top hacia abajo, dejando sus enormes pechos al descubierto. La chica gritó e intentó cubrirse con los brazos, pero Malaquíás había sido más rápido y ya estrujaba aquellos altivos senos con sus huesudos dedos. El clamor del gentío creció de inmediato, pero nadie se decidió a intervenir. Sintió los golpes de la chica que intentaba zafarse de aquellas lapas que se habían fijado a sus pechos y los apretaban con obscena intensidad. Él le sujetó ambos brazos a la espalda, inmovilizándola contra la columna que se alzaba detrás de ella, y hundió su repulsivo rostro en la calidez de aquellos grandes senos liberados.

La muchacha se retorció como una anguila cabreada, gritaba y se sacudía con furia, intentando zafarse de sus garras, pero él estaba en forma y era fuerte, por lo que tuvo tiempo más que suficiente para chuparle y morderle los pezones antes de que el amigo de su novio reaccionara y lo apartara de un brusco empujón.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo?

Malaquíás se tambaleó, pero mantuvo el equilibrio y miró fijamente a su agresor al que, sin duda, al igual que a los otros

tres miembros del grupo, doblaba la edad. La joven se tapaba ahora el pecho con los brazos, al tiempo que unas lágrimas rabiosas e impotentes recorrían sus mejillas. Lo miraba de manera colérica, como si se tratase de la persona más despreciable de este mundo. De mala gana, aceptó la ayuda de su amiga, que intentaba colocarle nuevamente el top en su sitio.

El novio de la joven humillada había conseguido ponerse en pie y enarbolaba uno de los tacos de la mesa de billar. Su mirada era furibunda, odio puro, animal. Pensaba matarlo, no había duda. Acabar con él, como si fuese una vulgar cucaracha.

Mientras tanto, Malaquías se mostraba sereno, seguro de sí mismo, como si aquella historia no fuese con él. Paseaba la mirada de un chico al otro, esperando, tal vez con ansia, la decisión de cualquiera de ellos de atacar. Lo hizo el que estaba más cerca, el amigo, empleando una fuerza y una fiereza que jamás hubiese imaginado. Le costó contener el envite, esquivando los puñetazos que le lanzaba su contrincante, hasta que fue capaz de asestar un solo golpe en el costado del muchacho, suficiente para dejarlo fuera de combate, arrodillado en el suelo, sin aire. La multitud había estallado. Se dio la vuelta rápidamente hacia su otro oponente, intuyendo un doloroso golpe en la cabeza con el taco de madera. Casi sentía el dolor al tiempo que se giraba, pero al hacerlo, vio como Bruno lo había desarmado y lo agarraba por el cuello con un poderoso abrazo. El chico forcejeaba, pero Tunsell parecía no estar haciendo ningún tipo de esfuerzo para mantenerlo a raya.

Malaquías se acercó con paso tranquilo, bajo la mirada y los vítores incomprensibles de la multitud.

—¡Basta ya! —se oyó por encima del clamor.

Se giró hacia el origen de la voz y observó como el dueño del local se abría paso entre los exaltados clientes.

—¡Fuera de aquí! —le espetó en la cara al llegar junto a él.

–No he empezado yo.

–He dicho que os larguéis. Los dos –escupía las palabras, señalando la puerta del local. Malaquíás le aguantó la mirada, retándolo–. No me obligues a llamar a la policía. Has pegado a un chico, has acosado o... intentado violar, diría yo, a una adolescente que podría ser tu hija. No tientes a la suerte y lárgate por la buenas, Malavida.

–No me llames así –advirtió, entre dientes.

El hombre meneó la cabeza, apretó los dientes y, con un ademán más tranquilo, volvió a invitarles a marcharse.

–Salid de mi bar.

Malaquíás frunció los labios, torció la cara, sin dejar de mirar al empresario, y escupió a un lado, en el suelo, esbozando un gesto de repulsa. Se mantuvo desafiante un par de segundos más, pero al comprobar que su oponente no iba a entrar al trapo, le hizo un gesto a Bruno para que soltara al muchacho. Este obedeció. El joven había perdido su espíritu guerrero y ahora lo observaba con una mirada que intentaba ser amenazante, pero que estaba cargada de temor.

Malaquíás le dio dos suaves cachetes en la cara, como un padre que intenta animar a su hijo tras una decepción.

–Mira el lado bueno, muchacho –le dijo, señalando a la chica humillada con la cabeza–. Eres el amo y señor de las mejores ubres de toda esta sucia granja. Tolón, tolón.

El chico apretó los dientes y lo miró cargado de resentimiento, pero no respondió. Se limitó a odiarle, a despellejarle con la mirada.

Malaquíás esculpió una sombra de sonrisa, le hizo un ademán a Bruno y se encaminó hacia la puerta, con la cabeza alta, orgulloso.

Una vez fuera, se quedó parado en la acera, sacó un paquete de cigarrillos y se llevó uno a los labios. Le ofreció otro

a Bruno, que lo aceptó de buena gana. Encendió primero el de su amigo, luego el suyo. Exhaló una honda bocanada de humo hacia el cielo, donde las nubes ocultaban las estrellas y la luna.

—¿Tienes prisa? —preguntó, volviéndose hacia su compinche.

Este negó con la cabeza, mientras sostenía el cigarro entre los labios. El humo le obligaba a entornar los ojos. Frunció el ceño, se llevó la mano a la mejilla y después señaló la de su compañero.

Malaquías lo entendió. Llevaban mucho tiempo juntos. Se llevó la mano a la cara y notó como algo húmedo impregnaba sus dedos. Se dio cuenta de que le escocía. En la pelea, la joven había logrado lanzarle un certero zarpazo. Despreocupado, se chupó los dedos impregnados en su propia sangre. Estaba excitado, cachondo como un perro en celo. Se llevó una mano al bulto que hinchaba sus pantalones.

—No puedo irme a casa así —dijo, distraídamente, evocando en su cabeza los enormes pechos que acababa de tener entre las manos.

Bruno Tunsell se quitó el pitillo de la boca y lo miró. Al cabo de unos segundos, asintió con una aviesa sonrisa de reptil.

## Alex Gálvez

El parque de las Barbas era una amplia extensión del bosque que rodeaba Ribera de Bracón, pero situado en el interior mismo del pueblo, haciendo de frontera natural entre la urbanización y el núcleo urbano. Estaba limpio de maleza y preparado para que, en las tardes calurosas, los niños acudiesen allí a jugar y a pasar el rato. Habían construido columpios,